

Oficio, mercaderes y virtudes

Roland D'acheeme

I

Felipe Holston tenía una virtud, única en su clase: hallar lo extraordinario hasta en lo más ordinario. No afirmo que se tratara de su única virtud, pero creo que nos hubiera dado lo mismo con tal de que siguiera poseyendo aquella cualidad suya. Y hasta era común pensarlo de una sola pieza, como poseedor de una virtud que resumía todas las demás. Era *nuestro arquetipo*. Que sus demás cualidades concurrieran a hacerse una sola, o que se nos escaparan aquéllas que no guardaban relación con su rasgo más acusado, ya no podría decirlo con certeza. Creo que ninguno otro podría decirlo tampoco.

Parte del encanto (y causa de la fascinación que por él sentíamos) tenía que ver con el proyecto de escribir una novela. (Decir “proyecto” resulta algo equívoco pues sugiere que algo espera a ser dotado de materia inmediata en la posposición calculada —y calculadora— de un futuro más o menos distante. Y no. Se trataba de un proyecto que iba haciéndose en la cotidianidad de nuestras vidas, rescatándolas de sus abismos individuales o compartidos. Era Felipe, pero también nosotros con él, quienes escribíamos esa novela que estaba por escribirse). Para ayudar en el empeño tomábamos nota de cuánta cosa singular, curiosa o interesante pudiéramos servirnos —a veces, literalmente, anotándolas—, refiriéndolas incesantemente con tonos y en circunstancias diferentes, insuflándonos nuestro entusiasmo juvenil. Era evidente, sin embargo, que se trataba de la novela de Felipe. Nosotros éramos los notarios, los compiladores de datos; los colaboradores, y, en última instancia los protagonistas y actores de su novela. Porque ninguno entre nosotros poseía aquel don de magia para transformar lo anodino, —lo francamente mediocre— en materia poética novelable, en *literatura*. Nuestros apuntes eran, bien mirado, de una desesperante medianía, como que tomábamos nuestras apuntes de la realidad inmediata. Felipe tenía el don de hacernos ver entonces, el distendido dramatismo, la tragicomedia latente en nuestros pobres hallazgos. Y luego, al día siguiente, u otro día, nos los devolvía transformados en otros hallazgos, que a su vez se irían transformando —enriqueciéndose, decía él— en nuevos hallazgos comunes a todos, a medida que las hojas escritas con una caligrafía impecable por la mano de Felipe, se llenaban de nuevos apuntes, observaciones, comentarios de todas las manos. Paradójicamente, y sin siquiera habérselo propuesto, creábamos solidariamente —y con verdadero entusiasmo— algo así como el

prototipo de la novela escrita en colectivo. Un éxito de colaboración irreplicable por medios más coercitivos y ortodoxos.

No éramos nosotros *mercaderes de la imagen*, al uso de quienes producían éstas en serie para vender con facilidad su nombre y su persona, a expensas de embargar su espíritu. Aunque no todos éramos creyentes —Joaquín Altuna se decía agnóstico; Marilín Hevia se decía materialista, y sólo Felipe era consecuentemente religioso de misas y sacramentos— a todos nos interesaban las cosas del espíritu, creyéndose inmortal o perecedero. Ello había suscitado con anterioridad nuestras reacciones, cuando en momentos y circunstancias distintos, nos habíamos rebelado a la imposición de un criterio cerril en materia tan vasta y tan compleja. Recientemente, se había tratado de la objeción a la palabra *alma* en un poema, que Irma Fermi insistía en dejar tal cual.

Como un papel al viento, ha volado mi alma

sin objeto

Entre los alambres de alta tensión

anda enredada,

la cometa de mi alma.

Entre los estudiantes de la “Escuela de Letras” se habló de “imágenes más apropiadas”; “a tono con *los pronunciamientos de la Biblioteca Nacional*”; de “metáforas que podían y no podían emplearse en la poesía actual, en nuestra literatura”; de “realidades distintas” que “requerían un nuevo lenguaje”; de “compromiso” y “literatura comprometida”; de “mediocridad intolerable” —lo que parecía sugerir que podía ser tolerado otro género de mediocridad—, y al cabo el poema nunca llegó a ser publicado, a pesar de que en el mismo número de la revista aparecía un poema del escritor uruguayo Mario Mangiafuoco, donde se leía:

gente que ha vendido su alma por buen precio

Despreciable por eso, y otras cosas...

Versos estos que muy bien pudiéramos haber suscrito todos, pero que se nos antojaban una burla, o un acertijo indescifrable, —o simplemente una impostura— pro-viniendo del uruguayo, cuyas posiciones y declaraciones políticas conocíamos bien. Ya para entonces habíamos dejado de considerarle un *profeta confundido por su propio don de palabra*, para tenerlo por un oportunista avezado y consuetudinario. Que se publicara aquel texto suyo, empero su utilización de la palabra *objetable*, a la vez que se suprimía el poema de alguien de los

nuestros condenado por este uso, aún conseguía llenarnos de juvenil consternación. Por algún tiempo —muy breve, en todo caso— consideramos incluso la necesidad de una confrontación (que nos obstinábamos en llamar “revolucionaria”) a fin de obtener alguna explicación satisfactoria, y la reparación que suponía publicar en el siguiente número de nuestra revista el poema de Irma. No sé cuándo nos dimos cuenta de que en verdad nunca se había tratado de nuestra revista. Pero dejamos allí el asunto. Fue por entonces que dimos en editar nuestro periódico **El Sol**, que consistía de una sola hoja impresa, y cuya vida fue celebrada a su muerte y celebrada en un editorial memorable a nuestro parecer, mediante el cual se anunciaba también que al ponerse **El sol**, aparecería en breve **El Topo**, *publicación subterránea* de vocación sumergida. Pero todo esto ocurriría después.

Felipe observó que el poema del sudamericano demostraba oficio. No había en él ni el menor indicio de inspiración, pero quedaba oficio. El escritor uruguayo era un buen escritor, eso no debíamos de negarlo. (Felipe se oponía a las reacciones en redondo, por otra parte tan similares a las oficiales que llegaban a negarle la sal y el agua hasta al mismísimo Neruda, a causa de algún ajuste de cuentas político). Era mejor incluso —observó— que otros escritores de su propia vertiente paleológica, los cuales sin embargo, gozaban de mayor reconocimiento. *Nuestro poema* —dijo, refiriéndose al de Irma— tenía más inspiración. No es que le faltara oficio del todo, incluso convenía a su tono cierto desaliño, pero estaba definitivamente fuera del conjunto. A instancias suyas, nos dimos a revisar el número de la revista. Tampoco se trataba de un poema *anticuado*, —concluimos— como lo había calificado alguien, desdeñoso, sino que más bien se trataba de un poema que se situaba al margen de todos los márgenes establecidos: era a la vez, individualista, narcisista, pesimista, neo-romántico, intimista, existencialista, perdido de preocupaciones religiosas. (Irma confesó que nunca había pensado al escribirlo, que se tratara de tantas cosas). Le había parecido todo tan simple entonces, en cualquier caso, mucho menos complicado de lo que parecía ser. Todos reímos de su propia admisión. Guy (de) Floridablanca —como gustaba de precisar él a quienes descartaban como un obstáculo la preposición de su apellido; “El marqués”, para sus íntimos— deshojó en la conversación dos de aquellas frases suyas, sonoras y olorosas a ajeno, según el gustaba de presumir:

—Parirán las montañas con gran pujo y rodar de piedras..., un vil ratón... ¡Pero el genio habita en las alturas de su propio talento!

Y besando a Irma en ambas mejillas, con afectación no exenta de verdadero cariño, hizo como si lo echara todo por el hombro.

Felipe hizo que nos detuviéramos en el lujo de una joya rara, dejada caer al paso del poema escrito por Irma, la que hubiera bastado, —en su opinión— para colocar al poema en la estima de cualquier alma sensible:

*Nadie dice qué piensa —realmente—
qué honda herida le inunda la mirada
y penetra
como el frío en los huesos
No. Nadie.
Y sin embargo hiere
y hace frío
y uno siente —o cree sentir—
que si tuviera un alma inmortal
en cualquier parte del cuerpo
no fuera perecer
este arrastrarse sombra, incorpórea
de vida y tantas cosas
que ni nombrar sé
—o puedo; o no me dejan—.
Si tal vez he llegado a quererlo
alguna vez.*

—Todo está aquí dicho con gran concentración de dardos —dijo Felipe—. Precisión impecable del flechador, que a la distancia de cien pasos acierta a la manzana en la cabeza del niño, con el gesto elegante y seguro —aunque la mano tiemble— de quien espera luego atravesar el corazón de un tirano con sus restantes flechas. Los fundamentos de aquello que carece de fundamentos es aquí nombrado. “Nadie”, “no”. “Y sin embargo”... “Nadie dice lo que piensa —realmente—” Lo que realmente se piensa no se dice. Lo dice el poema. “Sombra incorpórea”, ese arrastrarse sombra, siendo sombra, “incorpórea de vida y tantas cosas”, innombrables de otras tantas diferentes maneras. “Y sin embargo”... Sin embargo la precariedad de su nombre es el nombre que mejor puede dársele a lo

que no lo tiene, o no puede tenerlo, o no dejan que lo tenga... Si es que alguna vez hemos querido —intentado— nombrarlo siquiera.

Todos los ojos estaban fijos en él, que dejaba inscritos en piedra de cantería —en mármol del mejor grano— los versos que Irma había escrito en material más dúctil, y otros arrojaron al vacío que ocupaba la *Nada*, con intención aviesa. *(Continuará...)*